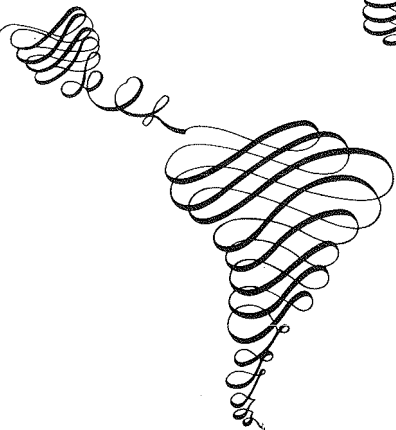
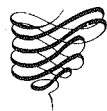




Rusia: problema, tensión y paciencia

Alfonso Echánove *

OBSESIONADOS de puertas adentro con «el año de la crisis», hay peligro de que se nos aleje un fenómeno de enorme envergadura que está teniendo lugar paralelamente a nuestra vida cotidiana: ¿Qué está ocurriendo en Rusia (y a la par, en todos los antiguos estados de la URSS), después del hundimiento catastrófico del comunismo?

No es una cuestión de mera curiosidad. Más aún, no es una cuestión de curiosidad en absoluto, sino de *interés vital* para dentro de muy poco tiempo. Lisa y llanamente: si el conjunto de pueblos de la CEI (Comunidad de Estados Independientes), no sale adelante en un plazo razonable, la proximidad del enorme agujero económico-social del Este va a suponer para Europa —para nosotros— un peligro mayor que el que durante tantos años nos atemorizó por su agresividad política. Si Europa Occidental continúa su dinámica de creación de riqueza sin un proceso correlativo de fluidez en su distribución e intercambio de bienes, llegará un momento —y no está lejos— en el que Europa no será más que un reducto de

* Doctor en Historia. Madrid.

resistencia imposible frente a los bárbaros del Este y del Sur, dando a la palabra «bárbaro» su acepción originaria de «extranjero».

Si por el contrario, el funcionamiento de tan grandes y numerosas sociedades, Rusia, Ucrania, Bielorrusia (Belarus), Kazachstán... se engrasa suficientemente como para modernizar y enriquecer, aunque sólo sea un poco, las ruinosas estructuras dejadas por el PCUS, se irán asentando las bases para una armonía suficiente y la esperanza de un verdadero Orden Nuevo.

A la vista de los comentarios, afectados de particularismo, que las contrariedades coyunturales producen entre nosotros, es preciso seguir llamando la atención sobre la interdependencia inexorable en que nos vemos envueltos. Lo mismo que en el caso de nuestra adscripción a la Comunidad Europea, de lo que aquí y ahora se trata no es de una opción libre, sino de una marea ineluctable de problemas a la que solamente podemos enfrentarnos con participación e interés activos y en lo posible generosos.

Diversificación problemática en Rusia y la CEI

ENTRE Minsk (Rusia Blanca) y Vladivostok (Federación Rusa-Rusia) se cobijaban hasta diciembre de 1991 un conjunto de pueblos unitariamente regidos desde el Kremlin de Moscú. Desde esas fechas, y habida cuenta de la disolución de la Unión Soviética, existen once repúblicas independientes de carácter principal, y un número casi indeterminable de regiones autónomas y especiales dentro de la «Federación Rusa-Rusia» (sic) (1).

Todas esas colectividades están viviendo bajo el «shock» y las primeras consecuencias del acontecimiento histórico final de un fenómeno de 72 años de duración que pretendía ser utópico y resultó ser burdamente opresor.

Hoy día, la problemática de estas sociedades disgregadas es total y aguda. Ninguna de las dimensiones humanas escapa a ella. Es problemática

(1) La nueva Rusia comprende no menos de 86 gobiernos regionales, de los cuales 16 son repúblicas autónomas y 49 regiones autónomas aparte de algunas otras situaciones excepcionales (Moscú, San Petersburgo) y algunos procesos de independencia en curso.

co su volumen demográfico, las deficiencias de infraestructura, vivienda, alimentación y sanidad. Es problemático el mismo ser jurídico, incluso de las que parecen tener más clara su independencia recién conseguida. Mucho más problemática, la indefinición política y administrativa, y el hiato producido entre el antiguo centro de decisiones, ya desaparecido, y las nuevas competencias y personas que las desempeñan. Existen problemas de morfología estatal (democracia que no lo es) y de partidos políticos, hace tres años absolutamente inexistentes y hoy día sólo germinales. Los problemas se acentúan por la falta de un marco constitucional adecuado a las nuevas circunstancias que a su vez cambian cada día. Las inercias del pasado reciente no se han podido borrar todavía y la infiltración del «status» anterior —poco importa que fuera o no ideológico— dificultan el ejercicio del poder legal.

Mientras tanto, las situaciones macroeconómicas (financiación, estructura de mercado, ayudas internacionales, control de la inflación) no llegan a conseguir niveles equilibrados mínimos, y las microeconómicas (precios, salarios, abastecimientos, mafias y corrupciones, condiciones generales de vida...) se mueven entre el umbral de la pobreza y la miseria más aguda, mientras la corriente de refugiados interiores en busca de la supervivencia crece inexorablemente, y la hostilidad social se agudiza.

La lucha por el poder

COMO en todas partes, también en Rusia se desarrolla una lucha personal por la posesión de poder, que se manifiesta en sorda guerra de ambiciones, zancadillas y descalificaciones. Pero la verdadera lucha por el poder tiene en este momento en Rusia unas dimensiones que rebasan a las personas físicas y ni siquiera se apoya en los cuasi inexistentes partidos políticos. En los Estados Unidos se lucha por el poder, es decir, por la presidencia o por cada escaño del Congreso. Pero las instituciones mismas, la presidencia, el Congreso y la Constitución de los Estados Unidos, son incuestionables. Por consiguiente, la lucha por el poder es solamente de personas y partidos estables.

No es así en Rusia. Todo es provisional o está por hacer: Constitución, presidencia, Parlamento, partidos políticos, estrategias nacionales...

Tendencias políticas

EL espectro político de Rusia apenas puede adivinarse a través de algunas aglutinaciones existentes: un primer «Frente de Salvación Nacional», formado en torno a la más reaccionaria derecha, que fue prohibido por Yeltsin. Pertenecían a él tanto comunistas como nacionalistas, y pretendían restaurar el Imperio ruso (¿zarismo, socialismo...?).

Más influyentes y peligrosos son los llamados «centristas», que agrupan a los directivos del «complejo militar-industrial» y a los restos del antiguo sindicato único. Esta llamada «Unión de Ciudadanos» ejerce su poder como grupo de presión a través de varias fracciones conservadoras en el Soviet Supremo y en el gran Congreso de Diputados del Pueblo (2). Su política busca el mantenimiento (subvencionado, claro está), de las grandes empresas estatales que en gran parte se dedican a fabricar armas. Y su credo político-económico, tan nítido como ilusorio: *el estado es básicamente mejor que el mercado en orden a desarrollar una economía eficaz y a garantizar el bienestar*. Por consiguiente, la prioridad no la tienen el mercado libre y la democracia, sino *el renacimiento de Rusia como gran potencia*. Ya veremos más adelante que detrás de este superficial ensueño se esconden intereses mucho más prosaicos que el del poder político o el «dominium mundi».

Es curioso cómo en todo el abanico que va desde los conservadores nostálgicos a los estamentos simplemente privilegiados, la idea de restaurar el «imperio» aparece como un rasgo común, sin comprender que lo ruso y lo imperial no son aspectos indisolublemente unidos, y que en época de decadencia todos los imperios han cerrado sus salones para vivir en la cocina. Por eso se ha llegado a expresar que no basta con la desaparición real del imperio, sino que *la misma idea tiene que ser mentalmente superada*.

(2) Una confirmación objetiva y significativa: Al comienzo de las sesiones del Congreso de Diputados del Pueblo, a fines de noviembre del pasado año, se presentó una propuesta para que el Tribunal Constitucional abriera una investigación sobre si Boris Yeltsin había actuado anticonstitucionalmente el año anterior al promover y fundar la CEI. La votación dio estas cifras: 429 negativos, 352 positivos y 77 abstenciones, fue una victoria de Yeltsin, sin duda. Pero quedó bien claro que la oposición a Yeltsin y a lo que representaba, era muy fuerte. En realidad, era una declaración de guerra. Y en esa guerra está viviendo Rusia hoy día. El *referendum* convocado por Yeltsin para el próximo 11 de abril clarificará, esperamos, la correlación de fuerzas.

En el ala reformista se producen fenómenos análogos de agrupación y parcialización. Yeltsin está apoyado, no solamente por el 58 por 100 de electores que le dieron su confianza el 12 de junio del 91, sino por su gran «*Movimiento de la Rusia Democrática*», que al deshacerse definitivamente la estructura soviética se ha ido dividiendo en varios otros partidos de adscripción más precisa. Y naturalmente, como no podía ser menos, comienzan a aparecer minúsculas agrupaciones que probablemente desaparecerán casi en su totalidad cuando el juego electoral para el nuevo parlamento y las limitaciones que la constitución futura imponga, empiecen a funcionar regularmente.

Pero a lo largo del último otoño y actualmente, se están viviendo momentos de reacción tras el colapso total de la Unión Soviética, y no deben extrañar los coletazos del antiguo sistema. El Congreso de Diputados del Pueblo elegido en 1990 (inevitable refugio y reducto de comunistas) mantiene un pulso de fuerza con Yeltsin y Gaydar que a causa de los fracasos económicos, quizá inevitables, de la «terapia de choque» se han visto obligados a un repliegue, y a la sustitución de Gaydar por un nuevo primer ministro, Chernomirdyn, cuya capacidad se somete a prueba en el curso de este invierno.

A pesar de esta fuerte resistencia nadie toma en serio la posibilidad de una vuelta atrás en el desarrollo político. Pero hay matices que pueden causar considerable preocupación. La paradoja «Yeltsin demócrata-Yeltsin dictador» ofrece de nuevo el fantasma de la autocracia, y además revela una desazón política de cuidado. *Hay serios motivos para dudar de la posibilidad de desarrollo democrático en Rusia.* Los partidos políticos, incluso en las grandes ciudades, están en sus principios, pero las masas carecen actual e históricamente de modelos y de costumbres democráticas. Es una incógnita saber si mediante los extraordinarios recursos comunicativos y didácticos hoy día existentes podrá superarse en un lapso de tiempo razonable esta profundísima carencia histórica.

Confusa difusión del poder

EL poder real de tan enorme y diversificado país ha quedado fragmentado e inconexo al desaparecer el elemento rígidamente unificador del PCUS. Simplificando, se podría decir que el poder real de Rusia se divide entre el personalismo ejecutivo de Yeltsin, el

parlamento de inercia comunista elegido todavía en la primavera del 90, y el llamado «complejo militar-industrial». En cambio el ejército y la policía, dos instituciones peligrosas en sí mismas, parecen estar conformes con la dirección nacionalista de Yeltsin, que además tiene para ellas muy explicables atenciones.

Este reparto encierra contradicciones de lenta solución. Yeltsin, reformista y demócrata por principio (aunque no por temperamento ni mentalidad), se inclina frecuentemente hacia comportamientos personales no lejanos de la dictadura. Por su parte, el Congreso de Diputados del Pueblo (o su síntesis eficaz, el Soviet Supremo) esconde tras su funcionamiento formalmente democrático, la pervivencia de lo más granado de la situación de partido único (3).

Otro contraste más, y éste, de larga tradición rusa. El gobierno —Yegor Gaydar hasta hace pocos meses— actuaba con la mirada puesta en Occidente (modelos, ayudas, ritmos), mientras la nueva orientación impuesta por el Congreso a Yeltsin (Chernomyrdin), desea unas transformaciones más lentas y acordes con el temperamento ruso. Una vez más se enfrentan la tendencia occidentalista —*violentadora* por hipótesis desde los tiempos de Pedro el Grande— y la autóctona o esclavista, inclinada a la somnolencia eslava y al mantenimiento del «statu quo».

A corto y medio plazo se vislumbra la aprobación de una nueva constitución en la que ya se viene trabajando. Este indispensable órgano institucional tenderá a limitar los poderes presidenciales y correlativamente fortalecer al nuevo parlamento (Yeltsin es perfectamente consciente de ello y por eso había pedido dos años de facultades excepcionales para gobernar por decreto), actitud coherente con la psicología generada tras el frustrado golpe de Estado de agosto de 1991.

Pero como gato que se muere la cola, quien deberá aprobar la nueva constitución es precisamente el parlamento actual, que suscita fuertes recelos involucionistas, y que tiene aún vida para dos años. Y por otra

(3) Ahora, tras la situación precaria en que el Congreso ha dejado a Yeltsin al imponerle a Chernomyrdin —aunque creemos que este nuevo hombre va a alterar muy poco la situación económicamente angustiosa en que Rusia se halla—, se dice que Yeltsin hubiera debido disolver el parlamento y convocar nuevas y más democráticas elecciones a lo largo del otoño del 91, en la ola de euforia que sucedió al fallido golpe de Estado. Pero habiéndose proclamado demócrata en las dramáticas jornadas, en las que fue apoyado precisamente por aquel parlamento, Yeltsin no se atrevió. ¿Hizo bien o mal? No nos es fácil decirlo. La psicología social del pueblo ruso nos es desconocida.

parte, sólo un parlamento sustancialmente renovado pondría en marcha una constitución verdaderamente democrática en la que los privilegiados actuales arriba mencionados (hoy día con mucha capacidad decisoria), tendrían poco espacio de maniobra. Esta segunda opción requiere un tiempo, que dentro de todas las escaseces en que se mueve Rusia, quizá sea el bien más escaso. Es preciso que la irreversibilidad en la dinámica democrática y de economía libre se alcance cuanto antes (4).

Afortunadamente, toda esta situación duramente transicional se desarrolla en un clima que el propio Mijail Gorbachov no considera como peligro directo de una nueva dictadura en Rusia. *«Este peligro sería real si el descontento social arrojara las masas a la calle... Las fuerzas democráticas presentes no deben ser subestimadas»*. (Entrevista al periódico *Tagesspiegel*, de Berlín, noviembre, 1992).

La situación económica

EL PIB de Rusia, que se había mantenido con aumentos promediales del 3 por 100 (quizá con cifras infladas por la propaganda hasta entonces vigente), descendió 8 puntos en 1990, 9 en 1991 y una cifra aún mayor, sin determinar, en 1992, con una pérdida progresiva de un 20 por 100 en el nivel de vida.

Estas cifras y su incidencia en la vida cotidiana son muy difíciles de precisar y quedan sólo como tendencias incuestionables. Quizá Gorbachov exagere al decir que *«en los últimos seis meses el nivel de vida ha empeorado en un 50 por 100»*, pero no debe ir muy descaminado. ¿Por qué, por ejemplo, su mayor enemigo, Boris Yeltsin, en un informe del 7 de octubre del 92 al Parlamento sobre la situación medioambiental dice que en los próximos 25 años *sólo el 15-20 por 100 de los niños rusos nacerán sanos?* ¿o que *sólo el 50 por 100 del agua que se bebe es verdaderamente potable*, o que *la mortalidad entre los 25 y los 40 años ha crecido de forma preocupante?*

Siempre, incluso para los mismos gobernantes rusos, ha sido difícil conocer la situación real de la economía rusa. Hoy sigue siéndolo. Apenas hay cuadros estadísticos fiables y el enorme país funciona muy mal.

(4) Las estructuras para una economía de mercado podrían quedar establecidas en dos o tres años. Pero habrá de transcurrir un decenio —y ojalá no sea más— hasta que los mecanismos mentales del ciudadano se habitúen a este funcionamiento para él hasta ahora desconocido, y la marcha atrás sea imposible.

Pero como todo organismo que genera sus propios anticuerpos hay sectores de la sociedad que previsiblemente se han abastecido cuando aún era tiempo, o han aprendido a moverse mediante la economía natural de trueque.

Estas argucias de supervivencia pueden ser válidas para algunos estratos de población, pero las cifras globales expresan una carencia generalizada. Es preciso atenerse al parecer de los expertos. El pasado mes de octubre le fueron entregados al ministerio alemán de economía los estudios convergentes de tres grandes centros de investigación económica sobre la situación actual de los países de la CEI, realizados por encargo del citado ministerio (5).

Según estos estudios, la situación rusa es considerada como «muy difícil», marcada por el caos político y la anarquía institucional. Falta a niveles estatales una clara división de competencias y el estado se inhibe en la lucha contra la corrupción y el crimen organizado. El durísimo informe considera que Rusia «amenaza con despeñarse política y económicamente, de forma que peligra la ulterior liberalización y la apertura del país hacia Occidente».

Sólo una cuidadosa terapia política y económica podría afrontar esta situación. Y lo que es peor: los institutos consultados *exigen* apremiantemente 1.º) que Occidente no dé ninguna ayuda financiera más que no vaya vinculada a las medidas de saneamiento. 2.º) De forma inaplazable *debe sustituirse la zona del rublo* por un sistema de divisas independientes entre sí, al que se sumen sin pérdida de tiempo todos los estados de la CEI. Incluso Bielorrusia a pesar de sus analogías con la economía rusa debería tener su propia moneda. 3.º) Por lo demás, las ayudas deben ir destinadas a *proyectos concretos*, a medidas para mejorar el nivel de vida y lubricar el tránsito a la economía de mercado (6).

(5) Se trata del *Deutsche Institut für Wirtschaftsforschung*, el *Institut für Weltwirtschaft* de Kiel y el *Institut für Wirtschaftsforschung* de Halle.

(6) Hasta el momento no hemos observado signos del trascendental cambio de monedas. Sí en cambio, por lo que se refiere a proyectos concretos, hay que mencionar el que quizá sea primer empeño serio del gobierno de Yeltsin por avanzar hacia la economía de mercado. El 14 de enero hizo público un plan para privatizar cientos de empresas en un proceso que los EE.UU. financian con alta prioridad. En el primer trimestre se espera vender al menos 500 sustanciales fábricas del estado con cientos de miles de empleados y miles de participaciones en una decena de regiones del país. La privatización sólo se había ejercido en Rusia al nivel de numerosas pequeñas tiendas. La operación la conduce, a petición de la propia Rusia, la International Finance Corp. (Fuente: *The Economist*).

El complejo militar-industrial

YA hemos dicho que uno de los más fuertes núcleos de resistencia al cambio, si no el que más, es esa extraña conjunción de grupos económicos y sociales llamados «complejo militar-industrial». Hasta que la URSS se ha venido abajo, el complejo era casi desconocido o se consideraba un fenómeno natural en la organización del partido único. Pero ahora se ha convertido en uno de los más fuertes polarizadores de la «oposición conservadora». ¿Por qué? No es difícil comprenderlo.

En torno al 70 por 100 (!) de la capacidad industrial de la extinguida Unión Soviética estaban dedicados a fines militares, según palabras del general Yuri Yashin (7). Esto significa que un impresionante número de empresas de todo tipo se empleaban en producir lo que primariamente era necesario al mantenimiento del gigantesco ejército rojo (desde tanques a uniformes, desde transportes a artículos de economía doméstica) y el excedente se comercializaba —subvencionado— entre la población civil en general.

Hoy día, transformada la situación, los productos de ese gigantesco «holding», o se han hecho parcialmente inútiles tras los recortes presupuestarios en materia de armamento, o simplemente las manufacturas de uso común —muy mediocres— no son competitivas frente al creciente ingreso de artículos occidentales. A corto y medio plazo, esto significa la quiebra de numerosas empresas con su correspondiente desempleo y la disminución de su influencia política. A largo plazo, su extinción total implica un descomunal problema de paro, que por su naturaleza será reabsorbido con mucha lentitud.

Se habla de la posibilidad de transformar estas empresas, para tratar de adaptarlas a las nuevas demandas y tecnología. Algunas lo han hecho ya —en pequeña escala—, pero la transformación de esta estructura a la producción moderna de bienes de consumo civil es una tarea muy lenta, para la que se necesita una nueva mentalidad y un plan general. Ninguna de ambas cosas existen. Tan sólo hace dos o tres meses ha firmado Yeltsin un decreto para la creación de un centro no estatal que se ocupe de la transformación de la industria aeroespacial. La indispensable colabora-

(7) Consejero militar del presidente Yeltsin.

ción de los países occidentales se muestra recelosa, dada la inestabilidad actual del país, como antes hemos indicado.

*Nacionalismos, corrupciones
y otras «pequeñeces»*

TODO lo que ocurre en Rusia —siempre, pero ahora con mayor razón—, reviste unos caracteres masivos que perturban no poco nuestra capacidad de enjuiciamiento. En esta perspectiva entran los conflictos étnicos, cuyas resonancias llegan a nosotros con manifiestas insuficiencias. Y un análisis igualmente cauto merecería el problema de la corrupción. Cada uno de ellos es ya otra historia.

Pero ambos problemas, a los que habría que añadir el endémico del alcoholismo, más la pasividad de carácter del pueblo ruso y su extraordinaria capacidad de sufrimiento, actúan como lastres en el proceso de desmoralización general que es de temer —desgraciadamente hay que decirlo— sólo pueda ser superada mediante una coacción que se cohonesto mal con la *pretensión democrática*, punto de mira de la nueva Rusia y los demás miembros de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).